

Domingo II del Tiempo Ordinario Ciclo B.

Padre Emilio Betancur Múnera

¿Dónde VIVES?

VENGAN A VER

Casi todos los creyentes conocen o han oído alguna vez parte del texto que narra la vocación de Samuel.

Samuel es un milagro de su madre Ana porque era estéril. Por desespero o por fe hizo un voto y una promesa: "si tengo un hijo lo dedicare al servicio del Señor". Así fue como nació Samuel que luego fue confiado al sacerdote Elí, sacristán del santuario de silo. Este Elí es distinto a Elías quien vivió mas tarde, Silo es hoy una ruina arqueológica ubicada al norte de Jerusalén. Silo fue un lugar donde se reunían las doce tribus de Israel en torno al Arca. Allí Josué distribuyó las tribus para conquistar el territorio y regresar en peregrinación; fue allí donde Ana hizo su voto y nació Samuel hacia el 1040 A.C, quien sería uno de los mas importantes líderes de Israel y el último juez, Jeremías lo compara con Moisés y Aarón (Sal 99,6).

El relato de la vocación de Samuel, primera lectura, es muy actual por ser respuesta al llamado de Dios que determina su vocación profética y no requiere ser anciano. Samuel era un niño cuando fue llamado, es en la debilidad humana cuando Dios se manifiesta. También a Jeremías le sucedió que se sentía joven y no era capaz de hablar por lo que Dios tuvo que decirle: "no digas que eres un joven temeroso porque yo estoy contigo para liberarte".

No fue Samuel sino Elí, sacerdote, quien fue primero en ser llamado; quien hizo el discernimiento de la voz del Señor para llamar a Samuel, en su respuesta a Dios, Elí no interfiere, aclara al niño el llamado de Dios.

Entonces comprendió Elí que era el Señor quien llamaba al joven y dijo a Samuel: "Ve a acostarte, y si te llama alguien, responde: "Habla Señor que tu siervo escucha" y Samuel se fue a acostar. De nuevo el Señor se presentó y lo llamó como antes (carta vez): "Samuel, Samuel" Este respondió: "habla Señor que tu siervo escucha".

La última frase es también una lección para nosotros: "Samuel creció y el Señor estaba con él, todo lo que el Señor le decía, se cumplía". En cada momento de nuestra vocación cristiana está la presencia y fortaleza del Señor, Jesús.

SAMUEL Y JUAN BAUTISTA

Sería interesante que el lector hiciera un paralelo entre Samuel y Juan Bautista junto a sus dos discípulos cuando se encontraron con Jesús (evangelio de hoy). Samuel es figura del Cristo que se pone en pie al llamado de Dios.

Samuel estaba en su cuarto, Juan Bautista a orillas del Jordán, cuando se le acerca Jesús, y cuando el precursor lo ve y le habla de Él a los discípulos, diciéndoles: "este es el Cordero de Dios" El cordero de Dios es el cordero de la Pascua, presencia de Dios.

El cordero de Dios es el "Siervo de Yahve" proyecto salvífico de Dios para el hombre a través del sufrimiento y la persecución.

Después del exilio en Babilonia muchos esperaban al Mesías con el perfil de un servidor, cordero inocente que lleva en sus hombros los pecados de la comunidad (Is 52-53). Sin olvidar que el servidor sufriente será victorioso: "mi servidor triunfará, será elevado a un lugar alto, y exaltado al extremo" (Is 52-13).

Cordero de Dios significa también el Cordero como don, significado en el episodio del sacrificio de Abraham. "Donde está el cordero para el holocausto". Había preguntado Abrahán, "Dios proveerá, hijo mío, respondió Abrahán".

Juan Bautista presenta a Jesús como el cordero preparado por Dios. "Sacrificios y ofrendas no quisiste, abriste en cambio más oídos a tu voz, no exigiste holocaustos por la culpa, así que dije: "Aquí estoy" (Sal 39).

Juan Bautista ve en Jesús un nuevo Moisés, que ha liberado al pueblo de la esclavitud de Egipto, Jesús ha efectuado una liberación más profunda de la esclavitud del mal.

Los comentarios judíos del Éxodo comparan a Moisés con un cordero, que frente a los faraones estaba luchando por la liberación. En el ministerio pascual Jesús es el cordero- víctima.

SOMOS PIEDRAS ANGULARES

Jesús nos pregunta en Andrés y el otro discípulo: ¿qué buscáis?...“Venid y veréis” Mas tarde Juan dirá: “lo que estaba al inicio, que nosotros hemos conocido, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, lo que nuestras manos tocaron, el verbo de la vida... os lo anunciamos ahora a vosotros” (1 Jn 1,1).

Gracias a lo que Juan Bautista vio, creyó y testimonió, Andrés y Simón, “fueron a ver dónde vivía Jesús y se quedaron con El ese día, siendo como las cuatro de la tarde” “Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron, lo que Juan el Bautista decía y siguieron a Jesús. El primero a quien encontró Andrés fue a su hermano Simón... lo llevó a donde estaba Jesús y éste fijando en él la mirada, le dijo: “tú eres Simón hijo de Juan, tú te llamarás Kefás” (que significa Pedro, es decir “Roca”. En el relato de la vocación de Simón éste recibe un nuevo nombre: Pedro (piedra), porque Jesús ha cambiado su vida.

Lo mismo que le ocurrió a Juan Bautista, Andrés y Pedro nos ocurre a cada uno de nosotros cuando nos llama Jesús por el bautismo a la evangelización y al compromiso de la misión continental, nos constituye en piedras angulares, testigos (memoriales) de la construcción de la casa (la Iglesia), sabiendo de antemano que “en vano se edifica si el Señor no la constituye” (Sal 127):

EL CUERPO Y LA CONSTRUCCIÓN

En dicha construcción el cuerpo, nuestro cuerpo, hace parte del fundamento (la piedra) de la construcción: “El cuerpo es para servir al Señor, no para fornicar, “es el Señor quien santifica” esta base de toda construcción en la fe, el cuerpo. En la construcción de la Iglesia debemos saber que nuestro cuerpo es miembro de la piedra angular, Cristo según el pensamiento de Pablo (Segunda lectura) “El que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él”.

Dios, en Jesucristo ha comprado nuestros cuerpos a precio muy caro, porque nos ama, que habita en él el Espíritu Santo. La construcción de la Iglesia y la evangelización son el camino para “glorificar a Dios con nuestro cuerpo”. Nos pertenecemos, nuestro cuerpo es decir, nuestra vida, pertenece a Jesús (Gal 3,29), “todo os pertenece a vosotros, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios” (1 Cor 3,21) “Vosotros que habéis sido bautizados os habéis revestido de Cristo” (Gal 3,27).

Nuestro cuerpo, (vida) es miembro del cuerpo de Cristo, templo del Espíritu Santo, destinado a la vida eterna por llevar en nuestro cuerpo la semilla de la muerte y resurrección de Jesús.